

De la voz como criatura

Emerging Voices Anthology

Inaugural Edition

University of Texas at El Paso.
500 West University Avenue, El Paso, TX 79968

Copyright © 2026
Published by the Department of Creative Writing
Printed in the United States of America
Inaugural Edition

Editor
Natasha Rangel

Faculty Advisor
José de Piérola

Proofreading
Iliana Pichardo-Urrutia

Design and Layout
Israel Holtzeimer

Special Thanks To
Daniel Chacón, Chair
Emmanuel Erenas and Rogelio Orizondo
Christin Apodaca, El Paso muralist who has kindly
shared her art for the cover.



A manera de comentario sobre esta edición

Todo lo que emerge de alguna parte fue antes un enigma, un secreto que aún no encontraba su lengua. Quien escribe toma esa materia informe, telúrica, convive con ella hasta asimilarla, hasta volverse a sí mismo un poco de ese enigma y luego lo comparte con el resto del mundo. De alguna manera, entonces, el escritor es un emisario del secreto y por eso hay en él algo siempre emergente.

Los textos aquí reunidos comprenden una muestra no solo de la producción en desarrollo de los estudiantes del Departamento de Creación Literaria de la Universidad de Texas en El Paso, sino de las múltiples criaturas que plagan una voz. La palabra es un sujeto plástico y esa plasticidad transpira en el verbo de los autores que comparten sus imaginarios colectivos, sus duelos, sus movimientos y sus fronteras.

Encontrando los vasos comunicantes entre cada una de las piezas, convenimos dividir la antología en tres secciones: *álbum familiar*, para las historias que trazan mapas desde los recuerdos de infancia, las hablas recortadas, las anécdotas y leyendas que conforman la identidad de una comunidad e, inclusive, la formación sen-

timental de los artistas. Continuamos con *páthos*, donde las imágenes cobran filo, sangran, le cantan a los espacios sublimes de la muerte y el mar, reclaman un grito y vuelven una y otra vez al instinto fundacional del mito. Cerramos con las *fronteras*, abundantes en dualidades identitarias, code-switching y la importancia de nombrar la realidad dos veces combinando las recreaciones de la memoria con las tradiciones adquiridas por la errancia.

Disfrutemos el viaje.

A Note on This Edition

Everything that emerges into the world was once an enigma—a secret that had not yet found its language. Writers take hold of that formless, telluric matter and live alongside it until they absorb it, until they themselves become, in some small way, part of the mystery. Only then do they share it with the world. In this sense, the writer becomes an emissary of the secret, and something in them is always in the process of emerging.

The texts gathered here offer a glimpse not only into the evolving work of the students in the Department of Creative Writing at the University of Texas at El Paso, but also into the many presences that inhabit a voice. Language itself is a malleable medium, and that malleability breathes through the work of the authors collected here as they share their collective imaginaries, their griefs, their migrations, and their borders.

As we traced the connective threads among these pieces, we chose to organize the anthology into three sections. *Family Album* gathers stories that chart maps of childhood memory—fragments of speech, anecdotes, and leg-

ends that shape the identity of a community and, in turn, the emotional formation of its artists. The second section, *Pathos*, sharpens its images until they cut and bleed, singing to the sublime spaces of death and the sea, calling out in grief, and returning again and again to the primal impulse of myth. We conclude with *Borders*, a section rich in dualities, code-switching, and the act of naming reality twice—where memory is recreated alongside the traditions gathered through movement and wandering.

We invite you to enjoy the journey.

Natasha Rangel
El Paso, Texas.
Abril, 2026.

Álbum familiar

Alexander Torres
Christiane Williams-Vigil
Bryan Mosquera
Matt Foster
Facundo Torrieri
Mónica Ibáñez Lajo

Alexander Torres

(Duitama, Colombia, 1983) es poeta y docente. Se ha desempeñado como editor en la revista latinoamericana de poesía *La Raíz Invertida* y en *Rio Grande Review* de la Universidad de Texas en El Paso.

Burrito de metal

Tenía siete años, mi padre era un mago, arreglaba ciclas y motos.

Transformaba casas y vendía piedras, con las manos gastadas, llenas de pintura.

Convertía unos arcos de aluminio en ruedas (unir radios, yo les decía rayos, siempre me corregía, pero encontraba en esa palabra un fogonazo, un asombro).

Un eje se unía a un elemento diez veces más grande.

Aunque la rueda no estuviera terminada, su circunferencia parecía el baile de un borracho.

Con milimétrica simetría, a ojo, iba apretando y aflojando hasta que la vuelta de la rueda fuera perfecta, aunque este recuerdo siga destruido por la misma furia con la que golpeaba los arcos para enderezarlos.

La metáfora de la rueda nos dice que unas veces estamos arriba y

otras abajo

y la cima de la montaña no nos acerca al brillo extinto de la galaxia.

Máquina Singer de pedal

La mañana aún no había comenzado y ya éramos estropajos cansados.

Nuestros monstruos no salían de noche, sino que llegaban en la madrugada.

Mi hermana alistaba su uniforme mientras yo dormía sobre el desayuno.

6:30 Caminaba molesto, mientras mi madre peinaba y revisaba que mi hermana llevara todos los cuadernos.

6:45 Mis pequeños pasos no soportaban la marcha para llegar a tiempo.

7:00 Debía limpiar toda la casa: cinco cuartos, tres plantas, una terraza y dos perros. Su premio de consolación era la lengua canina acariciando su mano cada vez que los alimentaba. Preparar el almuerzo, planchar y lavar, mientras yo la esperaba medio dormido entre cojines de ropa para coser.

4:00 Recoger a mi hermana en el colegio y correr a la casa.

5:00 Una máquina Singer de pedal la esperaba para reparar la ropa, coger dobladillos a los pantalones, voltear los cuellos de las camisas y corregir bolsillos que estaban perdidos en su creación. Yo ayudaba a alistar los hilos, en-

grasar la cadena, limpiar el polvo de la máquina y ordenar la ropa según la prenda, mientras mamá preparaba la comida y hacía tareas con mi hermana.

6:00 En una grabadora de pilas Panasonic ponía sus baladas eternas y sus radionovelas para acompañar la noche. El pedal de la máquina no se detenía, yo estaba listo con las tijeras para cortar cuando ella dijera y pasarle los hilos de colores cada vez que se acabara un bloque.

Mi madre lavaba canecas de ropa hasta que le sangraban los dedos, los mismos que yo veo cuando le alcanzo la cinta de papel para envolverlos y que no le duelen cuando coja las tijeras.

Mi madre era ama de casa, hacía los oficios del día, era actriz y gitana domesticada para sus hijos.

Premio de montaña

I

Me siento seguro en mi caballo de metal.
Mi padre vigila a tres metros
de distancia, no me pierde de vista.

Es bueno darle la mano,
grande y fuerte,
llena de grasa mecánica acumulada por los
años de trabajo.

Sus ojos ya no son de fuego,
siempre carga una lágrima
que no cae.

II

Cada vez que me despido,
mi madre me da la bendición
sabe que no creo en dios
pero es su forma de protegerme.
La recuerdo mientras lavo
y estrello la ropa contra el lavadero,
Una balada de fondo, aunque mi música no
sea romántica.

Yo soy el gris de sus ovillos
cuando tejía nuestra ropa
y remendaba los calcetines.
Un muñeco hecho a retazos.

Christiane Williams-Vigil

is a Xicana writer from El Paso, Texas.

Her work has been published in anthologies and various literary magazines such as *Somos Xicanas Anthology*, *Fatal Flaw Literary Magazine*, *The Write Launch*, *La Raiʒ Magazine*, and *Latinx Literatures*.

Fotos y recuerdos

My stomach dropped the instant Benito's cherry red Mustang slid into a spot along the curb. I unbuckled, eyeing the worn chain-link fence. Slats of white plastic woven in the metal were broken and chipped, giving glimpses of his Tita's house.

“¿Lista, mi amor?” he asked, checking his short brown hair in the rearview mirror. I furled my lips in and then quickly released them. With my finger, I wiped away any smudge from the sweat around my eyes. He came around to my side and helped me out. The wind gave a short whistle, lifting the hem of my orange dress. I bought it last Thursday after I had combed every shop downtown for the perfect hue. Today was special. Today was make-it-or-break-it time.

Benito shifted through his key ring for the right one to open the door. From where we were, I could hear the thumps of a corrido being played in the backyard. The faint touches of laughter reached my ears, and my insides twisted at the same time that I wrung my hands. He turned the knob, and a fresh spray of cold air grazed my face.

“Tita?” he called, leading the way into the sala. My eyes ran over the polished Home Interiors figurines. White figures posed in Victorian-era scenarios mixed with gold-framed pictures lined all the shelves in the room. My abuelita had the same taste when she was alive. They probably both had subscriptions to the same catalogs.

The house was quiet, but through the walls, I was already guessing there were about twenty people out in the backyard.

Benito shuffled across the faded blue shag carpet, taking in the wall of pictures. “Look, Reina. This is the one I was telling you about,” he laughed. I pressed my shoulder against his, trying to land my vision on which one he meant. Benito tapped his finger against the little five-by-seven. A woman in a large, plain, white shirt was sitting in an armchair, side-eyeing a man looking off at an unknown scene. The smile on his face highlighted all the aesthetically pleasing parts of him.

“This is your tío Andrés?” I asked, leaning closer. “Damn, why’s your tía Rosa dogging him?”

Benito laughed. The slight bulge of his Adam’s apple flicked up and down. “When this picture got taken, they weren’t together. My tío Andrés was the best friend of my cousin back in the day. The story goes that Tita threw a big

party, and my cousin brought tío Andrés with him. It was a get-together for the Fourth of July. They're all not from here, but who's going to pass on a chance to light up the grill? Anyways, tía Rosa had a big crush on tío Andrés. Every time he came over, she'd sit next to him and flirt all night. This time, though, he had some hyna (her words, not mine) on his arm. I've never seen pictures of this lady, but my cousin says she had bleach-blonde hair that she teased up into a huge puff. Outside, it started to rain, so the party was moved inside.

“Tía Rosa gets on that armchair, and she's pissed the hell off. And my tío, all clueless, sits next to her with the girl. He starts trying to show off to the girl by talking about how he's doing on the football team. He was like, ‘Sí, mami, they called me El Caballo, ‘cause once I start running on the field, it's like watching nature in action.’ The girl was doing that annoying fake-risa, holding onto his elbow, and it was getting to tía Rosa. And what's worse, he turns to this girl and goes, ‘You know what, guapa, you should come to my game next Friday. I'll let you wear my jersey.

“Same time my Tita is passing by with a camera, and she wants to snap a pic of the parejita talking. Tita's always had tremors in her hands, so instead of getting tío Andrés and his

girl in the picture, she panned a little too hard to the left. The flash goes off and apparently, that's when tía Rosa went off too. She stood up and slapped the hell out the girl."

My head snapped away from the picture, and I felt my eyes go two sizes too big. "And what did your Tita say?!"

Benito shrugged. "Pues, when you talk to my tía right now, you'll understand why. Don't get me wrong, she is cariñosa, but she goes off like a firecracker. Now for my tío, that was the biggest romantic gesture he had ever seen. Said he fell in love with her right then and there."

"What happened to the girlfriend?"

Benito's brows creased. "I don't know. I never asked. Usually, they just roll over that part every time they tell the story. They started dating. Got serious. Got married and had all my other cousins. Maybe you can ask her?"

Nerves tickled the lining of my stomach, reacting to the sudden, rapid flutter of butterflies flowing in me. This was it. Meet the family time.

The creaking sound of a spring door made my ears perk up.

"¿Bueno?" a soft voice called from the next room.

"¡Tita! ¡Ya llegamos!" Benito called, quickly taking my hand to pull me into the kitchen. She

had her back to us and was in the middle of lifting a heavy lid off an olla. Benito hurried, taking over to help. The scent of frijoles rancheros hit my nose, and I knew I would leave wanting another plate of that.

She turned and flinched as if she hadn't heard him coming. Her hair was still dark in color, but mostly, the silver streaks had taken over. She had it all tied into a carefully crafted single braid.

She rose up on her tiptoes, landing a small kiss on his cheek. "Hola, mi rey, ¿y tu novia?"

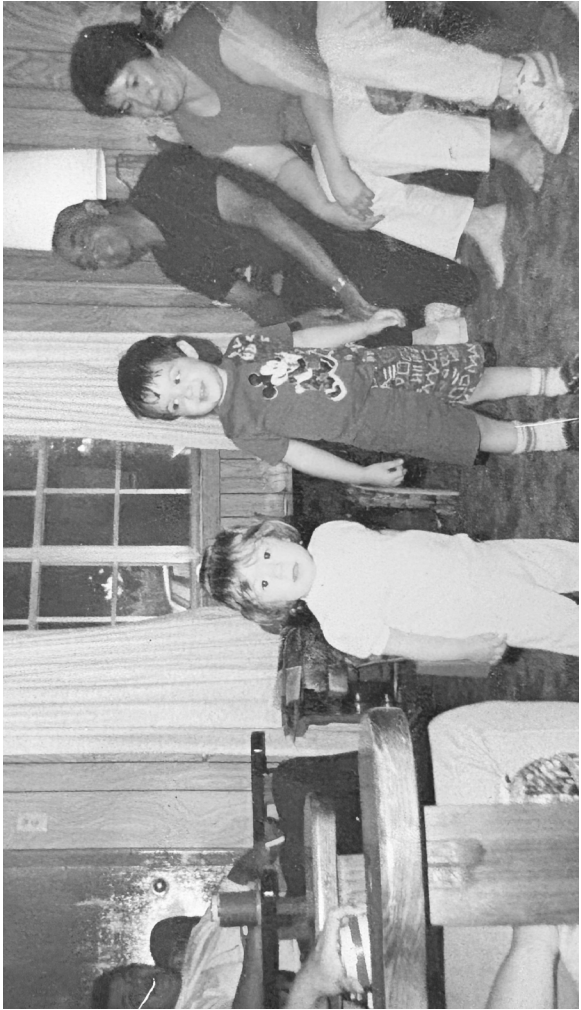
Benito beamed, nudging his head in my direction. She shuffled around and smiled at the sight of me. Over her paisley-patterned blouse was a blue checkered apron, just like the one my abuelita used when she cooked.

I held out my hand to her and leaned to give her a salutatory kiss on her cheek. "Hola, mucho gusto, soy Reina."

She patted the back of my hand, unable to let go. "Mi casa es su casa, hija. Pásenle."

She motioned to the spring door. Through the hazy mess, I could make out long tables and bright balloons swaying with the breeze. I made out the outline of two people: a man and a lady. Their hands interlocked as they talked across the table to one another. Older versions of the people in the framed picture.

Tita gently tugged my hand to get my attention. She slipped from her apron pocket a small silver digital camera. “Ahorita les tomaré una foto a ustedes dos.”



Bryan Mosquera

nació en Colombia. Es historiador, pero colgó los guantes y los tapabocas debido a profesores necios. Anda reconciliándose con los archivos.

Volveré al cuento, mamá

Enrique Pineda no pudo abrir la chapa de la puerta en el primer intento. Poco recordaba de las mañas que tenía, algo así como halarla o empujarla para destrabar el seguro. Empezó a sacudir la llave con rapidez, no fueran a creer que estaba robando la casa de la recién fallecida. La persona que le entregó el manojito de llaves no habló nunca de un cambio de cerradura. Mucho menos su tía, quien se las entregó al único vecino que habló con Maryluz de Pineda hasta el día de su muerte. Nada de recibir al sobrino con brazos abiertos. Sin quien lo ayudara, imaginó cómo lo verían las personas que pasaban: alguien ligero de equipajes, una cara desconocida, las manos forcejeando la entrada. Sospecharían lo peor, así explicara una y otra vez que regresaba a su casa quince años después de que su madre lo echara.

Retiró la llave de la cerradura. Confirmó que fuera la del esmalte azul, el mismo esmalte que de pequeño había pintado sobre la llave cuando su madre le pedía agilidad en los mandados. Eran suficientes para confundir al pequeño Enrique. Maryluz de Pineda jamás abría la puerta. Decía que si paraba el ritmo de la

máquina de coser, la prenda quedaba a medias, como cosida por dos suspiros distintos. Pero ahora Enrique no tenía mandado hecho, ni madre que lo esperara. Convencido de que era la azul, cerró los ojos. Cuando algo no cuadraba con lo que escribía, Enrique cerraba los ojos. Volvió a ingresarla. Fue su segundo intento.

Enrique pretendía evocar, con los ojos cerrados, la máquina de coser y la quejadera de su madre, y así recordar cómo abrir la puerta. Muchos años atrás, el pequeño Enrique escuchaba desde afuera a su madre reclamar la pasta, el tomate, el arroz y, con suerte, la carne, mientras la máquina de coser no dejaba de sonar. Así que el niño buscaba rápido la llave esmaltada para ingresarla en la chapa y evitar regaños. Con la llave adentro y con los ojos aún cerrados, Enrique recordó que la maña estaba en alzar la cerradura y empujarla hacia adentro. Cuando la puerta se abrió, los ojos de Enrique también, y el artificio terminó. La máquina de coser seguía con el cable de energía trozado y el almuerzo lo haría el hijo, ahora grande y huérfano.

No lo sorprendió que la sala y el comedor estuvieran igual luego de quince años. El dinero que le mandaba a su madre en sobres sellados era suficiente para sobrevivir en el pueblo, nada de lujos ni novedades. De hecho, la tela rasgada de los muebles y los vidrios desportillados de

las mesas le confirmaron a Enrique que Maryluz de Pineda no cambió ni arregló nada desde el día en que lo echó. Caminó hasta el cuarto de su madre, convencido de que allí tampoco habría algo que trastocara el recuerdo. Vio la cama sin tender y pensó en los primeros cuentos que escribió en el pueblo, cuando creía que las personas que morían de viejas podían dejar una pizca de muerte en la cama. La vida de su madre merecía buena literatura, pensó, así que tendió la cama y se recostó un rato. Lo poco que supo de la muerte de Maryluz de Pineda fue que un día dejó de despertar. Más que dolerle, pensó que era un inicio muy flojo para cualquier historia; que el hijo odiado llegue después de tanto y se recueste en la cama donde murió la madre. Esa no era la historia que venía a escribir. La historia que venía a escribir no tenía nada que ver con él, o por lo menos no le había sucedido a él.

*

Enrique tenía treinta años y ni una página publicada. Gracias a la muerte de su madre, podía volver a casa, lo cual le evitaría pasar trabajos y ampliar sus jornadas de escritura. Mientras se ausentó del pueblo, buena parte de lo que ganaba con los oficios que le permitían algunas horas libres, fue a parar a los bolsillos de

su madre, más por redención que por agradecimiento. Terminó de criarse en los brazos de las dueñas de las pensiones, que le enseñaron a afeitarse sin estragar la piel, a evitar sustos nuevemesinos con la técnica absurda de saltar por cinco minutos antes del sexo. Junto con ellas, aprendió a contemplar la vida desde un cuarto hermético, que era donde escribía la mayor parte del tiempo, cuando no trabajaba de celador o de tendero o lo que fuera. Mandaba parte del dinero a la madre de siempre, sin respuesta, tan solo la confirmación del mensajero.

Cuando recibió la noticia de que la señora Maryluz de Pineda había muerto, Enrique calculó que regresaría al pueblo la semana siguiente, después del entierro. El papel le llegó a la última ciudad en la que estuvo. Pocas ciudades cumplían con sus manías; debían ser lugares a medio hacer, pero que tuvieran servicio de mensajería para mandar el dinero. En quince años jamás recibió las gracias o tan siquiera un saludo. De manera que cuando le rebotó el último sobre sin abrir, supo que algo no estaba bien. En las letras borrosas del recibo, que atravesó medio país, logró leer que el sobre no pudo entregarse sencillamente porque la destinataria había muerto. Llevaba dos semanas en el inicio de algo que en la noche parecía novela y en el día cuento, así que la noticia, más

que sorprenderlo, lo sacó de la deriva. Decidió dejar en esa ciudad los borradores de quince años; dejó los menos dignos al viejo Roque, para que envolviera sus aguacates; regaló los más viejos para imprimir en el revés asuntos de oficina; y los recién empezados los repartió a las personas que viven en los puentes, para asuntos más íntimos que leerlos. No le importó ninguno. En el pueblo lo esperaba, por fin, la historia de Módito Salgar.

*

De Módito Salgar conocía la maldición. Por su madre supo del niño del pueblo que un día no pudo dejar de gritar. ¿La razón? No obedecer cuando los adultos te callan. Así que la advertencia se volvía anécdota, y si le pasó a un niño podía pasarle a cualquier otro. No pocos desobedecían y cuando hacía falta un segundo llamado de atención, el nombre de Módito persuadía a los niños más traviosos, y enseguida se imaginaban gritando para siempre. Ninguno quería compartir lugar con Módito Salgar, salvo el pequeño Enrique, quien gritaba a propósito no tanto por ser un niño difícil, como por escuchar la maldición con que la madre ocupada pretendía reprenderlo, cuando en realidad lo encantaba.

Un día, contaba Maryluz de Pineda, el niño de Lucrecia de Salgar, luego de jugar, llegó a la casa con la boca abierta, emitiendo un grito que ni la garganta parecía soportar. Luego de que la pobre Lucrecia fracasara con mil remedios, el pequeño Módito Salgar no pudo dejar de gritar. La madre de Enrique siempre disfrutaba la última parte de la historia. Hablaba del cuarto que el pueblo entero fabricó para Módito, pues proyectaron en aquella maldición un turismo que al poco tiempo los desbordó. Enrique imaginaba a Salgar en el cuarto tal y como se lo pintaba su madre, con las venas de la garganta tan moradas que al tocarlas estallarían, los ojos rojos y desgastados por el insomnio, y lo peor no era la obsolescencia del cuerpo, ni la carga de la maldición de tener que gritar sin descanso. Lo peor para un niño de la edad de Enrique, suponía Maryluz de Pineda mientras le contaba la historia, era imaginarse encerrado en casa, odiado por el pueblo y sin un solo amigo.

—¿Así quieres terminar, solo y sin nadie, como Módito Salgar?—, decía la madre a Enrique.

Pero al pequeño Enrique no le importaba mucho terminar como Módito Salgar. Le interesaba más la situación que la parábola; era un niño tranquilo que buscaba una buena historia para entretenerse en las tardes sin amigos, en

las tardes sin un padre que lo llevara al parque. Pasaba el día entero con su madre, que trabajaba de sol a sol confeccionando y ajustando ropa ajena, y que hablaba con los clientes de su hijo Enrique, que no salía, no tenía amigos y ni para los mandados servía. Su madre creía que la historia de Módito Salgar sacudiría al hijo bobo, cuando lo que hacía era entregarle posibilidades a su mente. Así que Módito Salgar fue el primer amigo del pequeño Enrique, y a falta de otro, vino el niño cuyos hombros quedaron al nivel de las orejas, y todo por andar alzándolos cuando le hablaban, o del niño de la lengua reseca como un arrenal de tanto sacársela a sus mayores. Pero ninguno tan fascinante como el niño que no pudo dejar de gritar. Así creció Enrique, entre monstruos cotidianos, niños rebeldes e imaginarios que eran sus cómplices, y no los jugadores de fútbol. De manera que si Módito Salgar gritó por decirle que no gritara, Enrique escribió al decirle que no escribiera. Y fue al crecer que la desobediencia del joven Enrique, como la de Módito, afectaron al pueblo y a su madre.

Sucedió por los primeros días de junio. Enrique tenía quince años y recién llegaba de un mandado. Cada vez compraba menos cosas en la tienda, pues la bolsa venía casi vacía, con un par de tomates y un paquete de pasta. Nada de

carne. No ignoraba que faltaba dinero en casa. Dejó la bolsa en la mesa, mientras su madre seguía confeccionando un vestido de novia. La vio con las gafas a medio poner, colgando de la punta de la nariz. Reconoció que usaba la misma ropa del día anterior. Pero también vio el cuadernito donde anotaba las tallas de cada cliente del pueblo. Concluyó que no era difícil tomarlo por un momento. Así que se acercó a su madre y ella de inmediato se ajustó las gafas en los ojos y lo miró:

—No estorbe, ¿sí?—, al mirarlo fijamente, Enrique aprovechó y agarró el cuadernito.

En su habitación terminó de sopesar su plan. Pese a tener la educación sentimental de un adolescente con el rostro constelado de granos y joroba, conocía de rencores. Copió rápidamente las tallas de cada pareja del pueblo, los arreglos que su mamá ya había hecho, los tamaños y los cortes que quería cada cliente para su ropa. Pronto su mamá empezaría a cocinar el almuerzo, de manera que era el momento justo para dejar el cuadernito donde estaba. Desde su habitación, escuchó parar la máquina de coser, unos cuantos pasos, y luego las ollas y los platos moverse. Salió rápidamente y dejó el cuaderno donde siempre.

—¿Viene a ayudar con el almuerzo o solo a estorbar?—, Enrique no contestó. Hizo el

amague de ir al baño. Pero volvió a la habitación para empezar a escribir sus cartas de amor anónimas, con las cuales haría pelear a todas las parejas del pueblo.

Probó primero con los González, quienes habían mandado ajustar sus prendas la semana anterior. Enrique escribió la carta de una amante anónima, en la que agradecía al señor González el haber hecho el doblez del pantalón como ella lo había sugerido, y también el haber quitado el primer botón de la camisa para resaltar el pelo del pecho. Luego, escribió la carta del amante anónimo, quien agradecía a la señora González haber ceñido el vestido, como también el escote para pronunciar más los senos estallados. Enrique sabía dónde vivían. Así que decidió que esa misma noche, cuando su madre durmiera tras quince horas de coser y coser, llevaría la primer carta. La tiraría bajo la puerta, y como el señor González era el primero en salir de la casa, encontraría la supuesta carta del amante anónimo. Al otro día, calculó Enrique, llevaría la carta de la amante anónima, antes de llegar al colegio, cuando solo estuviera la señora González en casa. Era mitad de año, pensó Enrique. No hay plata suficiente ni tiempo para comprar ropa nueva en la ciudad.

A la semana llegaron los González, con un día de diferencia y separados. Pero necesitando

lo mismo: que Maryluz arreglara la ropa destruida por el esposo y la esposa en un ataque de celos; que derivó en una pelea con policías y juzgados de por medio, pero lo que más importaba, con la ropa hecha trizas y necesitando a la sastre de siempre. “El que las usa se las imagina”, dijo la madre de Enrique, mientras guardaba el dinero que no esperaba. Enrique también lo confirmó, sobre todo cuando llegó la familia Romero, Giraldo, Gómez y la Sáenz, con blusas rotas, pantalones abiertos, familias destrozadas que dejaban bonanzas a Mary Luz de Pineda.

*

Enrique decidió no perder más tiempo. En realidad, ni la cama ni el cuarto de su madre fallecida le ayudarían. Si algo en esa casa podía guiarlo en la historia de Módito Salgar, era la máquina de coser de su madre, en cuyo asiento Maryluz de Pineda, a modo de regaño, siempre le contaba a su hijo la historia del niño que no pudo dejar de gritar. Enrique salió del cuarto de la madre, no sin antes tender la cama en la que se había recostado. Llegó a la sala y se sentó frente a la máquina de coser, como si fuera a escuchar de nuevo. Lo que quería repasar, sin embargo, no era la historia; la escuchó toda su

infancia, de manera que había terminado por grabarse en su memoria. Era el final lo que quería repasar; el mismo final que Maryluz de Pineda recomendó el día en que echó a Enrique, el mismo día en que el pueblo descubrió la pluma común de las cartas de amor anónimas.

Gracias al mediocre y único novelista del pueblo atinaron en saber que las cartas de amor habían sido escritas por la misma persona. Ante los constantes pleitos familiares y la intervención cada día de la policía, se dieron cita los afectados en la sede de la Alcaldía. Allí trabajaba un viejo escritor con una novela publicada, algo sobre un viejo matón de la época de la Violencia, lo cual le bastó para valerse un puesto cerca del poder. El viejo escritor dijo que el estilo de las cartas era de un adulto mediocre, embebido por el rococó, dijo, miren los adjetivos, los largos párrafos, claramente han sido escritos por una solterona cuya vida ha sido consagrada al hijo. Para terminar de convencer, preguntó: quién tendría tal detallismo de las prendas, sino Maryluz de Pineda, la única modista y, como ustedes saben, la solterona amargada del pueblo.

La turba enfurecida concluyó que era necesario ir pronto a la casa de Maryluz de Pineda. Enrique abrió la puerta, algo distraído pues estaba en la mitad de lo que parecía ser

un cuento. Preguntaron por Maryluz de Pineda y el sonido de la máquina de coser respondió. Dejó la puerta abierta, sin notar que eran demasiados para un arreglo de ropa. Regresó a su habitación y trató de continuar. Minutos después escuchó a su madre decir que no sabía de qué hablaban, que la letra de esas cartas no era la suya. Enrique dejó a un lado el papel repleto de tachones y se acercó a su puerta, sin abrirla. Entonces oyó el vidrio de la mesa romperse. Luego, escuchó a una mujer decir que doblaba los alfileres en forma de argolla para que se muriera de envidia, porque a pesar de los intentos de la modista, seguiría con su esposo. Un hombre dijo que rasgaría la tela de los muebles y rompería las tijeras, porque a fin de cuentas nadie más traería ropa después de lo que hizo, vieja hijueputa. Por último, Enrique escuchó la voz del único novelista del pueblo, como leyendo la sentencia de la acusada. Dijo que por decisión de la Alcaldía y de los directamente afectados por las cartas, trozaba el cable de energía de la máquina de coser, para que Maryluz de Pineda no volviera a dañar los matrimonios del pueblo con inventos. Su máquina de coser fue lo único que arrancó un madrazo de la hasta ahora silenciosa Maryluz de Pineda:

—Pero no sean hijueputas, ¿cómo voy a mantener a mi hijo!?

Enrique siguió detrás de la puerta, a la espera de que las personas salieran tras el juicio y así poderle explicar a su mamá que él había escrito las cartas.

Cuando el joven Enrique salió del cuarto, Maryluz de Pineda estaba sentada en la silla de la máquina, que de milagro no rompieron. Las lágrimas se agarraban de sus pestañas, pero no caían. Enrique pasó los dedos por las puntas desportilladas de las mesas. Luego se dirigió a los muebles, rasgados de lado a lado por el corte fino de las tijeras, y observó en el piso los alfileres doblados como argollas y las tijeras desmembradas. Alzó la mirada y vio el cable de energía de la máquina de coser, trozado, con los cables cobrizos a flor de piel. Maryluz de Pineda seguía con los ojos en el suelo. Se llevó las manos al cabello y preguntó qué hijueputas había pasado, mientras las pestañas parecían no soportar más el peso de las lágrimas.

A Enrique nunca le sorprendió el hecho de que Maryluz de Pineda no hubiera reclamado la defensa del hombre de la casa, o tan siquiera la presencia del hijo mientras destruían las cosas. A fin de cuentas, lo consideró siempre un inútil, y por ahí derecho un cobarde. Con más de 15 años a cuestas, su mamá aún veía en él al niño torpe que olvidaba buena parte de los mandados y traía mal el cambio. Por eso,

cuando Enrique dijo: “Ma, fui yo”, Maryluz de Pineda levantó el rostro para mirarlo. Enrique explicó que él había enviado cartas de amor anónimas a los esposos y esposas del pueblo para que se rompieran la ropa entre ellos y vieran a arreglarla, que solo quería ayudarla. Entonces vio los ojos rojos e inyectados de su madre, fijos en la razón de que su vida fuera una mierda. Lágrima tras lágrima cayó de los ojos de Maryluz de Pineda, pero su voz era más bien cansada. Le dijo a su hijo que lo sentía mucho, pero se declaraba rendida. Que se fuera del pueblo, que no quería verlo más, que tenía derecho a volver cuando ella muriera y que, de ser así, le dejaría las llaves con algún familiar, pues si la quería un poco, evitaría asistir al funeral.

—Lo siento mucho, Enrique—, repitió.

Lo que más le interesaba a Enrique de ese día sucedió minutos antes de salir de la casa. Empacó poca ropa. Privilegió los libros y todo el papel que encontró a la mano. Caminó hasta la puerta y escuchó que su madre lo llamaba. Seguía sentada en la silla de la máquina de coser. Maryluz de Pineda le dijo que le regalara un minuto antes de irse. El cabello algo deshilachado y los ojos turbios e hinchados sugerían una escena dramática para Enrique. Creyó que la madre confesaría cosas que se confie-

san como último recurso de venganza, algo así como que era adoptado o que no lo quería. Lo primero, lo tenía sin cuidado; lo segundo, siempre lo supo. Pero Maryluz de Pineda moduló la voz en un tono suave que Enrique hasta ahora no conocía. Con los ojos muy abiertos y algo desubicada, Maryluz le dijo a su hijo que si tanto quería ser escritor, algún día escribiera sobre Módito Salgar. Que ella adoraba esa historia, y por eso, desde que Enrique empezó a ser un niño difícil, se la contaba para que valorara lo que ella, como madre, podía darle. Pero además, dijo Maryluz, tengo un final mejor: Lucrecia de Salgar, la madre de Módito Salgar, no murió aferrada a su hijo, como te he contado tantas veces. La madre —continuó Maryluz— pidió que al menos la dejaran salir de la casa cuando los habitantes del pueblo, en asamblea extraordinaria, decidieron incendiar el único patrimonio de los Salgar con Módito adentro, cansados del grito del niño y de los turistas eternos que venían a comprobar si en verdad no dejaba de gritar.

—Los hijos son una mierda, Enrique— dijo Maryluz. —No merecen tanto de nosotras.

*

El final que su madre recomendó para la historia de Módito Salgar persiguió a Enrique

hasta la salida del pueblo. Comprendió que para escribir la mejor versión, debía conocer la de cada madre del pueblo y, por el asunto de las cartas, no podía investigar hasta que su madre muriera. Los niños escuchaban de forma arbitraria la historia de Módito Salgar, pues nunca había sido escrita; se contaba a viva voz para enderezar a los malcriados y escandalosos. Algunos agregaban más, otros quitaban y, no pocos, como su madre, cambiaban el final ante el enojo, o en la despedida del hijo que echan. Atravesó el pueblo para salir, sin notar que algunas personas lo miraban con pesar, pero convencidas de que era mejor aguantar hambre por fuera del pueblo que vivir bajo el ala de una persona como Maryluz de Pineda, que inventaba mentiras para destruir matrimonios, y por la sola envidia. Pero Enrique sabía la verdad y le pareció justo que su madre lo echara. Cuando dejó atrás el letrero verde y grande que da la bienvenida al pueblo, recordó la edad de su madre. Calculó que para volver faltarían, al menos, treinta años.

En realidad no fueron tantos. Quince años después Enrique estaría de nuevo en la sala de su casa, dispuesto a escribir la historia de Módito. Decidió sentarse frente a la silla de la máquina de coser porque ahí su madre recomendó el final y porque ahí, gracias a Maryluz de Pineda,

la versión que él conocía sobre la muerte de Módigo Salgar había cambiado. Empezar por su propia versión pareció ser el camino más obvio. Agarró lápiz y libreta, despreocupado de que nadie llegaría a destrozar nada y de que nadie lo volvería a echar. Salió de la casa, decidido a empezar las averiguaciones del turbio final de Módigo Salgar, el niño que no pudo dejar de gritar.

Dobló la esquina hacia la Alcaldía.

Matt Foster

is a writer based in El Paso, Texas.

His work explores themes of identity, memory, and the quiet tensions of everyday life.

Though he gravitates toward poetry, he also writes short fiction.

Perro gaviota

Before he was a constellation, the dog rested at the feet of strangers, eating scraps and drinking whatever water he could find, whether from a puddle after rain or a wash basin.

Puerto Vallarta was a small fishing village until Elizabeth Taylor and Richard Burton made it famous with *The Night of the Iguana* in 1964. It was customary for strays to share the stone-paved streets with locals, and that continued despite the influx of tourists after the film's release.

This particular mutt, wearing a coarse, lived-in coat like a shepherd's, made a name for himself by spending early mornings on the shoreline, when the beaches were mostly empty, chasing and jumping after seagulls; the town called him Seagull Dog.

One boy said of Seagull Dog, "He flew with the birds, not after them." His name was Manuel Carrillo, and he had been the dog's closest companion.

The two often walked up from the beach and sat on the curb by the Michoacana cart, waiting for tourists to drop pennies so they

could buy and share a watermelon paleta—their favorite.

On the morning of Día de los Muertos, Manuel went to the water looking for Seagull Dog but didn't find him on the rocks where he usually waited. The boy was not worried, however, for the dog often wandered off, his nose leading him to a local taquería whose owner was in the habit of leaving out stale corn tortillas and discarded meats.

When Manuel didn't find him there, he checked the Michoacana cart—but Seagull Dog was nowhere to be seen.

The boy began asking local vendors whether they had seen the dog. Most said they hadn't, but one woman the town called La Juana de Dolores, or Juana Dolores for short, had.

"I saw him flying with the birds," she said, "so high that when he tried to come back down, the gulls took him by the ears and tail and carried him to where the sun disappears at night."

Manuel frowned. "But Juana Dolores," he said, "how can those small birds carry an animal as large as Seagull Dog?"

La Juana smiled at the boy and replied, "You will see him again in the stars, mijo. The nighthawk will be in his mouth."

Manuel spent the rest of the day sitting on the shoreline, feeling the evening tide wet the sand beneath him. When the sun slipped behind the horizon, he waited for Seagull Dog to run out from the water with a bird in his mouth.

As night deepened, the boy grew weary that the dog had not come. Behind him came the thump and susurrus of footsteps in the wet sand. He turned and saw Juana Dolores.

“Ay, mijó,” she said, “it’s too cold for such a young boy to be out here alone at night. What are you doing?”

“Juana, I am waiting for Seagull Dog. You told me I would see him in the night with a bird in his mouth,” he answered.

La Juana sighed and sat in the sand beside him. “Manuel, I said you would see him in the stars with the nighthawk in his mouth.” She pointed at the cloudless, moonlit sky.

“But I don’t understand,” he said. “I do not see Seagull Dog in the sky.” At that moment, a nighthawk flew across a patch of brighter starlight.

“There, mijó. Did you see?” she asked.

Manuel looked up and found a portion of the heavens where the starlight seemed to gather, a pattern like a dog frozen mid-leap.

“There is Seagull Dog, in the stars. Did you see the nighthawk in his mouth?”

The boy stayed silent, his gaze fixed on the sky. La Juana rested her hand on his shoulder for a moment, then rose and walked away.

Left alone, Manuel listened to the gentle lapping of the water and watched the constellation until the sun rose and Seagull Dog faded from the sky.



Facundo Torrieri

(La Plata, Argentina, 1975). Realizador audiovisual, artista sonoro y escritor.

Es cofundador del colectivo de arte transmedia *Buñuelos*.

Amargos

I. Desobediencia

Fueron cinco grávidas las que llegaron con vos a la revisión, pero no las hicieron pasar a los consultorios. Tuvieron que formarse en el pasillo del hospital. Ahí, la enfermera les pidió que se quitaran la ropa y se pusieran la bata, para que el doctor pudiera revisarlas allí mismo. Te desnudaste junto a las cinco mujeres, y todas colgaron sus ropas en las sillas metálicas, el único mobiliario del sitio.

Rato después, entró otra enfermera que se presentó como la jefa y anunció que sería ella quien las revisaría, ya que el doctor Matamoros seguía muy ocupado. Luego, con ayuda de otras dos enfermeras, la jefa apuró a las grávidas a levantar las piernas y se desplazó por el pasillo realizándoles un tacto a cada una. Cuando terminó, se quitó los guantes y habló secamente al grupo. Les pidió que a ninguna se le ocurriera parir esa misma noche, porque el doctor Matamoros tenía un compromiso y no podría atenderlas.

Vos y toda tu familia eran simpatizantes peronistas, pero nunca fuiste de quedarte des-

pués de clases a las asambleas a las que te invitaban. También sabías que mi viejo se reunía con una flaca de anteojos gruesos que siempre le traía un periódico. Ella te saludaba al pasar, pero vos preferías evitarla. Esa tarde había tormenta, y oscureció muy temprano en la casita arbolada de la Experimental de Agronomía. A pesar del viento y la llovizna, la familia Marassi, con sus dos niños preadolescentes, trabajaba apurada para cargar su coche con todas las cosas que podían. “¿Se están mudando con este tiempo?”. Mi viejo ni contestó, te hizo callar con un gesto.

Estaban cenando cuando escucharon que llegaba otro coche y se bajaban varias personas. Mi viejo apagó la luz, seguía muy circunspecto esa tarde. Te agarró de la mano y se agacharon en la sala. Oyeron clarito cómo rompían a patadas la puerta de la casa de los Marassi, que ya habían salido hacía rato.

Después hubo silencio, y entonces sintieron que alguien se acercaba hasta su ventana con una linterna. Alguna vez me contaste cómo se te puso dura la panza, como un ladrillo, y que se quedaron quietos, acostados contra la pared, hasta que escucharon que todos se habían ido.

Cuando volviste al hospital, tenías contracciones cada cinco minutos y estabas muy pálida. La jefa de enfermeras te reconoció, te gritó;

te dijo que te había dejado muy claro que esa noche no vinieras a parir.

Te metieron en una sala, en una camilla, durante una hora, y al final alguien te inyectó y perdiste el conocimiento. Por la madrugada, volviste a despertarte. Empapada y con frío, ya no tenías contracciones y no podías moverte.

A oscuras, en la camilla, sin nadie cerca.

Cuando la luz del sol entró a la habitación, otra enfermera te empujó estruendosamente por el pasillo. “¡Se está yendo!”, dijo. O ya te habías ido.

También me contaste que viste el quirófano desde arriba, y a tu cuerpo. Reconociste al doctor Matamoros que te reanimaba a gritos.

II. Ausencia

Tengo los ojos cerrados, puedo escuchar el viento afuera. Soy un ovillo bajo las frazadas y en mi pecho hay un sueño todo amarillo. Una tarde al sol, aunque aquí todavía es de noche. Sonríó, no entiendo qué siento, me estoy despertando y las imágenes se embalan. Sueño con luces aplastadas, con sitios donde no recuerdo haber estado nunca. Unos jardines neblinosos. La salida de una escuela en un país extraño. Unos ñandúes albinos corriendo por la pampa.

El viento chilla y un golpe se escucha en el techo, seguido de un rodar rasguñando. Eso debió despertarme antes, cuando el viento sur empezó en la madrugada. Tan intenso el sur que arranca las piñas que se estrellan después sobre la lámina de nuestra casa. Tengo que ir al baño, pero no quiero salir del calor de la cama, no quiero abrir los ojos.

En la respiración del paisaje se oye la ruta poco transitada, como si el viento se llevase los sonidos y los dejase salir de tanto en tanto, apagando el silbido del pinar. Eso me hace recordar otro sueño borrado que me gritaba no sé bien qué, hace un instante, algo que luchaba por entender en la voz de los pinos. La sombra de la confusión permanece en mi memoria dormida, algo perdido, nítido un ratito antes.

¿Fue el freno hidráulico y el ronroneo del motor del colectivo, anticipado por el arrastrarse sordo del portón de nuestra casa? Abro los ojos en la oscuridad.

La negrura me trae otro recuerdo cómico, de haberme despertado caminando contra la pared, un sueño sonámbulo de hace unas pocas noches. Me deslizo a oscuras al baño y, mientras las ramas de los pinos se proyectan por el tragaluz hasta el piso frío, mi cuerpo se encoge apelotonado y escucha el coro de coníferas que vuelven a presumir su grito.

Cuando entro al cuarto de mi madre su calor está allí, pero no puedo verla. Me siento en la cama y enciendo por fin su lámpara.

Se ha ido.

III. Asado

Llegaste a la Cantina a eso de las diez y media de la mañana en la camioneta de uno de los patrones, me contaste. Te esperaba una cola como de cuarenta personas, porque habían avisado que llegaba la carne.

Los peones de la arrocera o sus familiares hacían fila desde temprano para evitar que les tocaran puros huesos o entrañas de las que nadie quería. El cantinero te vio hasta el final de la fila y te llamó alzando la voz.

—¿Qué va a llevar, ingeniero?

Los paraísos florecidos perfumaban la callejuela de arena y relucían sobre las melenas de los niños, duras de barro y moco, cargados en brazos o sentados en el piso junto a sus madres. Algunos se dieron la vuelta para verte cuando no respondiste al llamado.

—Atendé nomás, Sixto, yo espero.

—¡Va a esperar toda la mañana, ingeniero! ¿Qué lleva?

Caminaste hasta el mostrador de la mentada Cantina, una tienda adentro del estable-

cimiento rural, con chucherías en los estantes, bolsas de arroz, cajas de fideos, y botellas de ginebra. Todos te vieron pasar hasta el frente, alguno de ellos te saludó apenas.

—¿Entonces, ingeniero...?

—Algo pa' la parrilla, Sixto, nomás.

El cantinero abrió el frigorífico y se vieron un par de medias reses colgadas, sacó un costillar y afirmó sonoramente: —Este es un asado espectacular —encendió la sierra y cortó en tiras largas—. ¿Cinco kilos está bien?

Saliste con la bolsa llena y todos te miraron de reojo, de nuevo. No levantaste la cabeza para despedirte, pero alcanzaste a escuchar que el cantinero les gritaba de nuevo.

—¡No hay más carne, señores! Se terminó. El que quiera carne que venga a ver si tenemos mañana.

Te quedaste sentado en la camioneta viendo cómo la fila se dispersaba y esperaste a la mujer más jovencita, la que cargaba un niño y arrastraba a otro. Bajaste y le entregaste la bolsa.

—Tenga, yo mañana vengo por más.

La mujer se quedó mirándote con desconfianza, no se movía. Tuviste que insistir para que recibiese el regalo, pero nunca lograste que retirara su expresión de sospecha mientras te alejabas.

—Te vinieron a buscar, Luis.

Era uno de los aguadores de la arrocera apellidado Iñiguez que venía a agradecer el regalo y a invitarte esa misma noche. Querían hacer el asado con la familia de otros dos peones. A las ocho.

—Andá vos, yo a esa hora tengo que dormir a tu hijo —dijo mi madre, cargándome hasta el contraluz de la ventana—. Te voy a pedir que no vayas a andar hablando por ahí de política, Luis, que acá no les gustan esas cosas.

—¿No le gusta...? Por eso están como están.

Lo que no se gastaron de carne, Iñiguez, Luna y Gutiérrez lo consiguieron de vino, y encima un par de guitarras. Era raro que hubiese fiesta en ese rancho de adobe y paja, y por eso se llenó de vecinos. Todos bienvenidos llegaban contentos cargando otro vino. La Cantina vendía fiado y después lo descontaba de los salarios. Vino barato siempre había.

—Ingeniero, discúlpeme que lo interrumpa, le quiero preguntar algo que hace mucho tiempo no nos habíamos animado a preguntarle.

Pararon la oreja los que rodeaban la parrilla y algo alborotó a los perros que corrieron toreado la oscuridad.

—Pregunte nomás, Iñiguez, lo que sea.

—¿Usted conoce cómo fue la historia del Che?

IV. La viuda

Te adormecía el ruido del viento en los borrajos del pino; estabas acostumbrada a ellos y te tranquilizaban. Todo iba a cambiar de repente, el día en que te avisaron que Benito había sufrido su descompostura.

Quizá fue un año o más lo que te llevó empezar a encontrarle significado a todo. Marcelo era muy chiquito y Benito siempre había tomado todas las decisiones de la casa. Las vecinas del fondo te lo habían advertido ¿Para qué se empecinó el hombre en plantar esos pinos? ¿Cómo ibas a negociar su certeza militar con augurios?

Ahora, escuchando estos gritos que llegan desde la ventana, claritos, lo estás pensando. Un niño llama a su madre, berreando en el viento, mientras en su cuarto Marcelito aún continúa dormido. ¿A quién escuchas gritar entonces entre los aullidos del pino? ¡Ese es el hijo de Irma!

Las ramas se rompen apuradas en la sudetada del niño, apenas las toses del llanto ya se distinguen del bramido. No harían más de dos tardes, quemando pasto en la banquina, el cua-

trero de al lado te lo soltó entre sus chistes, que a las mujeres solas del barrio las habían apodado: las viudas.

—¡Vení, hijito, vení! ¿Tu mamá ya se fue a trabajar? Quedate tranquilo.

V. Bicicletas

A Enrique Rusconi lo mataron delante de su familia, te contó tu mamá. Se resistió al secuestro y lo acribillaron. Ahí nomás, enfrente de sus dos hijas pequeñas. Alcanzó a gritarle a su mujer.

—¡Son los rusos, son los rusos!

Porque los paramilitares rusos secuestraban a los revolucionarios, justo antes del golpe. Y era difícil ponerle una imagen, sólo tenías fresca la invasión de los tártaros, y a Miguel Strogoff cruzando los montes Urales. ¿Cómo se verían los rusos invasores de esa ciudad al sur donde habías nacido, pero no recordabas?

Tu padre, viajando a Santa Fe en colectivo, te lo explicó mejor. Son prorusos, no rusos nacidos en Rusia, aunque sí había algunos rusos de verdad viviendo en La Plata. “¿Entonces era una invasión rusa?”. No. Se les decía rusos porque respondían al imperialismo ruso, y estaba también el imperialismo yanqui que había dado el golpe en Chile, y estaban los servicios

de inteligencia italianos, la Pedúe, que también secuestraba gente.

—¿Y a vos te querían secuestrar?

¿Sería común que estos rusos imitasen a los otros rusos, o a los jinetes tártaros? ¿Les gustaba el vodka? Te vino a la memoria la cara colorada de la nona Josefa cuando sacaba en diciembre un sobretodo peludo con olor a ropero, con una suerte de gorro cosaco. Te acordaste de verla metiendo las manos en esos bolsillos y rescatando notas. Notas que había escrito para ella la Josefa del pasado.

—Nosotros nos salvamos por poquito —dijo él—. Vos no cumplías ni un año y nos escapamos los tres, con tu mamá. Por eso volviste a San Javier, donde tus otros abuelos, que nos ayudaron.

Por eso volviste a San Javier. Por eso, en el autobús, si mirabas por la ventana, los parajes se acercaban y se perdían cuando bajaban y subían algunos maestros rurales. Maestros que se apuraban de una escuela a otra.

—¿Este es tu hijo, Luis?

—¡Oh, Nito!, ¡tanto tiempo! Sí, este es mi hijo, el más grande.

Primero fueron a la casa de la familia Tarragoni, con Berto, un hombre grandote y de mirada triste, en el norte de la ciudad. Su esposa Mirta te hizo un sándwich de queso y jugas-

te en el patio, lleno de materiales de construcción. Había grafitis en las paredes y bicicletas sin ruedas, colgadas. Después, caminaron por la vía del tren rumbo a la casa del Gordo, entre los lapachos de finales de primavera. Esos perfumes de ciudad no los conocías, pero te daban mucha curiosidad las casas escondidas.

—¿Por qué Berto tiene bicicletas sin ruedas en el patio?

—Eran de sus hijos, que ya están en la universidad. Uno de ellos dirige el centro de estudiantes.

—¿Qué es un centro de estudiantes?

Te viste caminando por una ciudadela sin calles, con grafitis y estudiantes. Pero no. Un centro de estudiantes era una organización para defender a los estudiantes.

—Ah, ya entiendo —mentiste.

Vivir solo cuesta vida.

Si no tuvieras miedo, ¿qué harías?

Muere joven y deja un cadáver bonito.

Los tapiales del ferrocarril estaban repletos de grafitis y te estabas demorando, haciendo equilibrio en las vías. Escuchaste un grito y tuviste que apurarte. Perseguiste la sombra de tu pa-

dre por una calle de adoquines y veredas con paraísos florecidos. Ahí estaba, al final, la casa del Gordo.

—¿Es el hijo de Irma? ¡Ya creció un montón el gürrí! Pasá, ahí están los chicos jugando. Pasen, ¡Enrique! Vení! ¿Te acordás del hijo de Luis?

Rush, Yes y Pescado Rabioso, posters que nunca habías visto, y una batería. Quique tenía el pelo hasta la cintura y te preguntaba qué música escuchabas. No tenías muchas opciones, Pink Floyd, quizá Vangelis. No le ibas a confesar que tenías el casete de *La isla bonita*.

—¿Querés escuchar King Crimson?

Afirmaste con la cabeza para que Quique pusiera el disco.

—¡Bajá el volumen, Quique, que tu papá quiere conversar! —gritó Marcela. El grito venía lleno de agobio. Al rato, tuviste que acompañarlo por milanesas a la carnicería, y miraron los afiches pegados; iban a tocar Los Cabezones.

—El viernes —Quique te invitó al concierto.

—¿Te dejan ir solo a los recitales?

—No, voy con el Ale, es un compañero de la JCR... Si no, Marcela no me deja.

—¿Tu vieja?

—Sí.

Cuando caía la luz sobre el río plumizo había como una sensación de domingo. Esa sensación debería ser familiar, porque tu abuelo paterno se llamaba Domingo. Pero no era el caso. Por suerte no te llegaba la bulla de los bichos al atardecer, eso hubiese hecho imposible escaparse de la emoción.

—Hablalo con tu mamá —te dijo bostezando tu viejo mientras volvían a San Javier en el colectivo—, estaría muy bien que conocieras a los compañeros de la Juventud. Quique va a los campamentos de la JCR y se juntan a leer todas las semanas.

—¿Qué leen?

VI. Por el río

Había una olla negra y pesada que se hamacaba gorda encima de la llama sanguinolenta y sonora que hacía temblar las paredes del ranchito de adobe.

Estábamos sentados muy juntos y pusiste un pie duro de barro sobre el mío. En esos tiempos de presagios, yo creía que las sensaciones venían de las cosas. Las memorias de la olla, las memorias de las frutas tiradas en el piso. El perrito lanudo de tu casa, y tu saliva. Todo rayaba al sabor de las sensaciones, y a los cuartos de la luna. El calorcito áspero de esa

respiración que silbó mi nombre. La oreja, los remos de una canoa y el sauce.

Las piernas rayadas de andar en la maleza, los brazos macizos y morenos, los dedos y las palmas pálidas. El olor a lápiz y a costa, los lunares. Las latas oxidadas en el arenal.

Muchos días nublados.



Mónica Ibáñez Lajo

Chica que camina por puentes de cristal que cruzan los Océanos. Ocasionalmente, escribe paisajes de voces que celebran el territorio y la comunidad. Desert Freak.

Me gusta más El Paso sin los Stanton

Últimamente se le caen cosas al suelo que se rompen en mil pedazos: un tarro de cristal que contenía aceite para freír Goya y que se derramó como una mancha de alquitrán dorado sobre el suelo de pizarra gris; un splash de café de la mañana. Agachada, recoge los pedazos del vaso con el pesar, tiento y cuidado de un voluntario que limpia las alas de una gaviota cubierta en petróleo. Trauma besties. ¿Qué estás leyendo? Tiene la cabeza so clattered que no puede meter nada más dentro. No quiere que nada interfiera en la masa crítica de pensamiento que está incubando y que va a tener que sacar. ¿Títulos para la página del Substack? “Los dedos del sol”. “I-20 ¡Y ve(i)nte!”. “¿Ves lo que te digo?” le dice de pie inclinándose sobre Nopal, al oído, “Les está tratando como niños”, mientras miran unas diapositivas con imágenes de *Los Tres Cerditos*. Nopal asiente. “Generación I-20”. Who settled for this? “Uff. No. Suena a las juventudes hitlerianas. Un puñado de entusiastas del régimen de inmigración”. “Great start of the poem” le escribe al undergrad. “In fact, the first stanza is so good that I’m not

sure we ever get past the ‘voices that reminisce behind the cigarette’s light.’” “Llego tarde. Me mandaron al cuartito”. “Moni, revisa que hayas cerrado la puerta”. “La Biblia es la Verdad. Léela”. “¿Quién pintó las letras de la montaña de Juárez?” “No las pintó nadie. Nacieron del cerro”, dice Salvia. Ahí va la poeta. En todas las pelis gringas hay un mexicano que se llama Héctor. ¿Cuántos shots se tomaron ayer? Calabazas y Diablitos. ¿Y quién es Héctor Vargas? “Mira, un nopal”, le dice señalando con el índice. “Redondito, se le caen las púas en primavera y se queda pelado”. Ella ha probado su carne en caldo de verdura y ha masticado en sus dientes el territorio, lo ha engullido. “Mamá me ha dado todo lo que soy y todo lo que tengo; no le voy a cobrar un billete de avión”. Y mientras comen en la cantina de la universidad, discuten ese tatuaje que luce en el dorso de la mano. Lo vuelve a ver en el suelo. Ni neurona ni estrella. Es el splash del café. Va sentada en el asiento de atrás, Creosote a su lado, y mira por la ventanilla. La noche es negra, de un negro tan negro que se la traga. Ya ha empezado a soltar lastre como una astronauta... muerta. La infinita brecha entre Creosote y ella se abre como trinchera de carne, como una llaga, y siente frío en la piel. “Les he visto yendo al Union Building”, le dice K. “Uy, esos dos ya no vuelven”.

Pero volvieron, y al verlos entrar en la pecera unexpectedly, su corazón dio un brinco. Y la calidez que traían se expandió en ondas por el espacio de la habitación. ¿No te da la sensación de que últimamente están pasando muchas cosas, como que todo está en ebullición? No entiendo. ¡La hipomanía de la primavera! O los estrógenos, last batch, latiendo en (batiendo) el torrente de sus venas y arterias. Hoy 28 de febrero llegarán a los 88 Fahrenheit. Ya no se molesta en convertir ni los grados, ni las inches, ni las millas, ni los dólares. Sentada en el mostrador de recepción del departamento, Creosote la mira, achinando sus ojos, lingering on her. Quizzically, tratando de discernir si el comportamiento que acaba de presenciar tiene algo de flirteo. Tan efervescente. ¿Ha oído eso? ¿El qué? El sonido de mi corazón que se rompe. ¡Nopal, no mame! Toda escritura responde a un silencio que le precede. And she said yes. Lo vio claro desde el principio. Estaba llamada a ser su directora de tesis. Cuando Connor Storrie se ha convertido en la materialización de todo lo que necesitamos. “Buenas tardes”, entra con un café en la mano. “Gracias por esperarme”, mientras agarra una silla. “Ya pueden empezar la sesión”. La carcajada de todos llega al extrarradio. Rompe las Borderlands. Y el desierto se detiene, quizzically, a escucharlos.

Páthos

Emmanuel Sánchez

Caliche Fields

Chris Wise

Carlos Tapia Vaca

Emmanuel

Sánchez

(Culiacán, 2001). Comparte contenido y gestiona espacios de lectoescritura en @starrybookz en Instagram. Siempre está al lado de una bocina.

En el agua el Génesis

A mi cuerpo de ríos, venas de tierra
con la respiración a dos tiempos
le confío mi nombre al agua
y mi vientre al suelo.

Quiero recordar a las orillas
como el lugar donde
aprendí

la pausa
la libertad del movimiento
y la danza que nace de esa unión

La primera vez que lo vi pensé en un ángel
el cielo en el agua y su hocico el aire
Hice de su aparición algo propio
y lo guardé como un llamado al río

A veces responde al grito de las balas
y no puedo hacer más que preguntarme
cuánto tiempo hace que nada en sangre.

El primer hogar es el río.

En los días las balas

Tiempo del sol

Antes de los nombres estaban los ríos
el malecón y el parque no habían nacido
Cuando los pájaros
ya se posaban sobre los cocodrilos
Cuando las iguanas
ya escalaban y corrían contra ellas mismas
Cuando el todo
ya era algo más que poesía.

Agosto 8, 2024

Protección Civil da recomendaciones ante presencia de cocodrilos en Culiacán

Las lluvias intensas han aumentado el caudal de nuestros ríos, que son su hábitat natural. El cauce ha arrastrado a estos ejemplares obligándolos a desplazarse hacia áreas nuevas, por lo que es importante atender las recomendaciones.

Aparecieron
y el intruso apuntó al espejo.
¿de qué lado está el peligro?

Septiembre 9, 2024

¿Qué está pasando en Culiacán hoy 9 de septiembre?

El gobernador Rubén Rocha Moya detalló que fue un enfrentamiento entre militares y civiles armados lo que desencadenó los hechos violentos de esta mañana.

¿De qué lado está el peligro?

Abril 1, 2025

El río Humaya está repleto de plaga de lirio acuático pese a acciones de remoción del Ayuntamiento. Además del lirio acuático, los ríos de Culiacán tienen otras plagas que ya están enraizadas y requieren un desazolve; la última vez que hubo uno fue hace ocho años, indicó el coordinador municipal de Protección Civil, Jesús Bill Mendoza Ontiveros.

Un cocodrilo
no le puede preguntar a ChatGPT
qué hacer cuando tu casa
se llena de plaga

Mayo 3, 2025

Localizan a un hombre sin vida flotando en el río Culiacán, a la altura del fraccionamiento Valle Alto. Ya con el cuerpo sobre tierra fue posible visualizar perforaciones en algunas zonas que indicaban posibles impactos de bala; sin embargo, las autoridades no ofrecieron declaraciones al respecto. El cadáver

masculino era de compleción robusta y tez clara, vestía un bóxer de color azul oscuro y calcetines negros, además, tenía un tatuaje con el mensaje “60420 Alucín”.

Un cocodrilo
no puede llamar al 9-1-1
para notificar el hallazgo
de un cadáver

Mayo 27, 2025

Sequía extrema en Sinaloa obliga a reactivar bombardeo de nubes en junio

La medida se implementará en las zonas centro y norte del estado con el fin de combatir la sequía, apoyar la agricultura y la ganadería, reforzar presas y cuerpos de agua, así como reducir incendios forestales. Se utilizarán métodos combinados de bengalas y yoduro de plata para estimular la formación de lluvias.

Un cocodrilo
no puede tomar otra acción
contra la falta de agua
más que huir

Tiempo seco

Bajo la capa de asfalto
siempre existirá la tierra.
Después de los nombres
puede que ya no haya río.

Nota del autor: poema construido a partir de recortes de los diarios *Noroeste*, *Revista Espejo*, *El Debate Culiacán* y *Luz Noticias*.

En los sueños la salvación

Sueño que nos invade la salvación
que la rebelión nace del río
que el salvador no tiene piel sino escamas
que su imagen y semejanza responde a la tierra

Sueño que sale en busca de las aves
que ya no se posan sobre sus cabezas,
del río que antes agua ahora recuerdo
 convertido en palabra que fluye
 de boca en boca

Sueño que la salvación
 viene a nosotros
en un
 frenético
zig
 zag

Sueño que tomará con el hocico
el brazo de los días oscuros
y los desmembrará
con giros
 de barril
Recuerdo el primer sueño
cuando al aparecer

la amenaza señaló al espejo con
gritos de terror
súplicas a la seguridad de las infancias
cuando los escamosos nos traían
la confirmación del Paraíso

Pasaremos a la historia
como el pueblo que rechazó a Prometeo
A cambio del fuego
recibió cinco simples pasos de Protección Civil
con seguridad garantizada para el río y la tierra

¿De qué lado está el peligro?

Sueño vistazos al mundo previo a los nombres
antes de que ensuciáramos la tierra con guerra
y poesía
El corazón reptil latió antes que el verbo
ya corría el agua y partía la tierra haciéndola
sangrar verde

Sueño que reclama la tierra no prometida
que se rescata a sí mismo rescatándonos
de nosotros mismos

Sueño que no oponemos lucha y nos dejamos
desmembrar
por de
giros barril

hasta que sangremos todas las guerras y sequías

Pero despierto y el salvador no puede
marcar al 911

para reportar un cadáver
preguntarle a ChatGPT
cómo deshacerse del lirio acuático
entrar a un canal de difusión en Whatsapp
para saber si hay enfrentamientos a las orillas.

Despierto y el salvador sigue esperando el re-
greso de las aves

No sueña con tener alas, es solo un reptil

Y si mi salvador no surge del agua

ni camina en zig

zag

he perdido entonces toda la fe

y ahora solo puedo creer

en la verdad de las balas.

En la memoria el hogar

Mi amiga y yo unimos nuestro duelo por mensajes.
Ella en el puerto

yo en el desierto
nadie en el río
solo su cadáver flotando hacia sí mismo

Necesitamos las cuatro manos
para contar los impactos de bala
dieciocho veces apuntamos al cuerpo
esperando sellarlo y revertir la sangre

No supimos qué hacer
con los otros dos dedos

En las noticias su edad era una aproximación
Pudo haber vivido más de cien años
pudo haber vivido
necesitamos tres verbos para nombrar el futuro
que ya se fue

Los tres huimos porque a nuestros cuerpos los
excedieron las balas

la sequía la tierra que insiste en respirar
huimos porque a veces el primer
instinto es desplazarse

Usamos lo aprendido en el río
para escapar de él
¿o qué movimiento nos quedaba
por conocer?

No supimos enfrentar el duelo sin
escribir poemas a su cuerpo escamoso
y dieciocho veces marcado.
Entre mi amiga y yo se escribió
un poema donde lloramos
a un cocodrilo
puede ser metáfora del hogar
pero ambos decidimos llorar la muerte
de lo que nos une al río.



Caliche Fields

lives upon the prehistoric ruins of the Permian basin. Their debut chapbook, *caliche untapp'd*, was published by Fruit Bat Press in 2021.

**a portrait in which
one promenades,
considers maceration**

he's good with managing the dead; i set
a curious branch before him and he's imagined
an oakwood pipe. i've even observed him tend
to leaves, petals, ink caps, rinds, and honey.
he smokes mesquite and from time to time
i accidentally waft his scent as if an ichor.
there is no crystal that can heat the soul
as his fingers upon a string, but there are
too many dead things along the current.
the earth shivers. my father will tell you
about a thickening of the atmosphere
and i can sense the cloud shade is dense.
tho' perhaps i've fallen accustom to the smell
of money and not a thot of the world to come.

postmortem

散るをいとふ世にも人にもさきがけて
散るこそ花と吹く小夜嵐

—Yukio Mishima

it's bad luck to kill a spider, i remember.
she's statuesque crowned with shades
of ocotillo and shadows of nopal. who am i
to disturb a spider's web in my retrospection?
the wind speaks and a small storm rolls in; the reef
fades into an awkward moonlit mirage. i throw
some silhouettes onto a mountain, binding them
with wool as it waxes and wanes upon the loose
sands and shells, remnants of a sea evanesced.
if they were boned, would they've been dragons?
a single strand of silk falls upon a flower, vanguard
of another world; the breeze breaks the starlight.
thus, patience becomes a vice and the catci felled
glow in the orange overcast of fumes long gone.

Chris

Wise

is a poet, novelist, voice actor, and
television host based in Houston, Texas.

He is the author of *Colliding with Orion*, *Smirk
of Fortune*, and *Thirsty Earth*.

ATLAS IN RAGS

The live oak began dropping its acorns.
Some fell and rolled toward a man in rags
who sat like a meteorite half-burned in the crater
of why he fell.

One night, he dreamed his scars were seeds,
and he husbanded them so well that they multiplied.
One trouble sprouted into three,
three into seven, and so on.

The gravity of catastrophe is a crabgrass
for which he has a green thumb.
Despair is as addictive and natural as tobacco
and arsenic—
an off-gassing of this crab gravity, crab grabbity,
this crop of pain
produces such seed

one can waste their whole life bearing it
over their shoulders—a self-imposed Atlas
hallucinating that life is barren...
while all about him happiness drops like acorns
begging to sprout.

NOTHING BESIDE REMAINS

His addiction counselor told him, one Sunday
at the rec center,
that Hebrews 12:7 said to “endure hardships
as discipline;
God is treating you like a son.”

This did give him conciliation,
but it didn't dull the headaches or prevent de-
pression
from crushing him like a witch on the wheel
or slow nightmares from falling on him
like flesh flies in the dead.

His temper flew from nothing into broken
dishes
and tacos on the wall, followed by guilt
that spread him like a grasshopper jam on a
windshield;
how he learned to hate himself!

His relationships fell by civilizations
obliterated so thoroughly that no temple or
colossal wreck
remained of their existence.

Back when he held a job,
to relax, he drank beside the radio and rolled
the most perfectly crafted joints that helped
him sleep.

But in a needle!
God, his problems vanished for hours—maybe
four—
and then it was back to sweat-sopping and losing
everything he loved.

If this was God treating him like a son,
that made God the only relative left
who would still talk to him.

EVERYONE IS SISYPHUS

The sun played like Narcissus, echoing
across the mirrored walls of Houston skyscrapers,
high-tech hives for Sisyphian clones,

their boulders tucked fashionably in clutches
and eco-friendly briefcases,
dressed in their smartest money attire.

God, how they loved their boulders!
Clothes make the man and look
at what they've become.

A rag of a human heartbreak sat nearby
in the alcove of his toilet.
His belt hung like the tongue of an exhausted
mongrel,
running to and from eternity.

He looked at the community syringe stuck
dart-like

in the wooden fence post
and back again at his shoe,

a struggle.

He shook his head and stepped towards it.
He had his boulder to roll, too.

A passing drone scuffed his loafer on the land-
scaping,
and two stones rolled downhill, landing at the
man's feet.
He tossed them back up the hill, knowing
they would roll down again.

Carlos Tapia Vaca

(Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 1995). Es poeta, ingeniero y educador. Finalista del III Premio Hispanoamericano de Poesía Francisco Ruiz Udiel con *El Payaso Bélico* (Valparaíso Ediciones, 2022).

Llenarse de sangre cómo puedo estar sobre-
volándome mi mismo monstruo para gritarte
desgraciado llenarme de sangre las extremida-
des flexionadas y lanzar un surdazo un dere-
chazo un lateral izquierdo un lateral derecho
y desde abajo hacia arriba y desde abajo hacia
arriba y desde abajo hacia arriba y desde abajo
hacia arriba y desde abajo hacia arriba como
látigos de dolor vectórico que te re empujan
al infinitamente empujante a media altura mar-
char en silencio en reversa para luego gritarte
como desgraciado llenarme de sangre y reven-
tarte a puñetazos izquierdo derecho gancho iz-
quierdo gancho derecho lateral derecho lateral
derecho lateral derecho gancho izquierdo late-
ral izquierdo lateral derecho derechos derecho
derecho derechos derecho derechos derecho
derechos derecho y agitando las extremidades
marchar en sitio para gritarte en círculo llenar-
me de sangre los puños y repartir toda la piña
guaraya que hay aquí guardada para todos los
malparidos perros lobos zorros malparidos pe-
rros lobos zorros malparido perro lobo zorro
que ingrese a mi territorio mal_parido perro
lobo zorro que ingrese pues a mi terreno a me-

ya no
puedo sobrevolar
mi mismo monstruo
permitírmelo
ser

La entierra

empezará a moverse de pronto empezará a moverse empezará de pronto la tierra cuando deje de imprimir la huella de un hoyo marcado que llevo aquí en el centro en donde introducí palabras compuestas de palabras para el más allá lugar en el que tengo la creencia que se encuentra que se fue presentando desde días anversos y reversos remodeló la mitad de la casa la mitad que se vino debajo de la casa está arriba viviendo la vida loca en un pasillo de azulejos rojos oscuros como estos coágulos de sangre en este suelo está mi raíz loca vida viviendo la sangre de esta otra mitad sigue sin restaurar en el área de la cabeza donde se duerme de cabeza se duerme mientras se presentan ispis con un plato lleno de ispis solo los ispis pueden despertar del letargo en el que te encontré sobre este jardín una raíz que subía hacia la superficie en grado noventa no llegan a salir estranguladas como esta otra de estrangulón murió seca dura rígida he cavado este hoyo con una hoja con una piña una rama he cavado este hoyón golpeo sin manos percuto la tierra en mis manos naturaleza muertísima te extiende en cenizas para entregarte y mandar señal de recuerdo

de pedido de saludo de mensaje de pedido de recuerdo de saludo de pregunta de recuerdo de mensaje de pedido de deseo de expresión de saludo que recuerdo de mensaje pero no la pregunta de deseo de saludo ni de expresión que recuerdo de mensaje de cenizas pero sí en señal de pregunta de recuerdo de memorias de recuerdo de cariño de señales de deseo de saludo de expresión de afecto de saludo de mensaje de cenizas hecho tierra sobre la ceniza la entierra empezará a moverse de pronto empezará a moverse de pronto la tierra cuando deje de imprimir la huella de un hoyo marcado empezarán moverse los ispis_ciales.

[Puerta]

percibo los bordes del portal por dónde aparecerás sino de la cuadratura de un marco sino detrás de la puerta sino te pierdes detrás de la puerta sino en la oscuridad de la sombra de otra sino puerta flexionada o bisagra oxidada o articulaciones como metáfora de una traslación artificiosa de símbolos puerta transmigración de una red de mentiras y mentirosos son los bordes que te forman porque no se formarían más allá de mi imaginación manipulando el negro oscuro fondo del portal y en mi deseo me enredo con mandibulaciones ópticas turbulaciones sensoriales me percean sonoramente percibo sonidos que se mezclan en la oscuridad y este vapor que me enredo con el lenguaje pero tu lengua es lo que único que imagino que apareces alrededor dando dado vueltas en espiral de la mía dando malcriando dando vueltas en la succulenta dando humedad sonoro de un mar mediterráneo y yo completa isla de montes y chilchís constantes humedales interconectados ingerimos mismas partículas de piel y aire de piel y aire de piel y a

pop-up:

name: I N T E R R U P C I Ó N
kabundakabundakabundakabundakabundaka-
bundakabundakeabunda

kabundakabundakabundakabundakabundaka-
bundakabundakeabunda

kabundakabundakabundakabundakabundaka-
bundakabundakeabunda

I N T E R R U P C I Ó N
:pop-down

magullados mis parpados socapando la caída
de mi conciencia se apagará en la piedra o cuer-
po poético del derrumbe visiones en blanco y
negro se yuxtaponen interrumpiendo mi vera-
cidad con la cual realmente siento en mi cuerpo
interfierenme arrancando piel de la piel de la
campana de visión de la puerta y marco trans-
migratorio por donde espero que te aparezcas
y nos distribuyamos rizomáticamente somáti-
camente somaritomáticamente somarizomá-
ticamente rizomáticamente somáticamente
somaritomáticamente somarizomáticamente
somarizomáticamente somarizomáticamente
somarizomáticamente somaricomá somari-
zomáticamente somaricomá somaricomá so-

marizomáticamente somaricoma somaricoma
somarizomáticamente somarinos navegamos
a la memoria colectiva del presente conecta-
dos a la Lattice y al espectro verbivocovisual
de esta imaginación de la lengua el acento que
escucho cosas que me dices detrás de la puer-
ta no entiendo pero reconozco y me dices que
soy lo dicho y hecho en la oscuridad de este
cuarto y el pasillo son burbujas atrapadas en tu
cuerpo suben en el agua se acercan a los latidos
que se aferran a

Fronteras

Modesto Caldera Jr.
Nancy Vianey Garcia
Mariana Riestra Ahumada
Silvia Castro Mejía
Lian Zhang

Modesto
Caldera Jr.

is a husband, father, teacher, and lifelong learner. His work has been published in *The Bayou Review*.

Prayers like Seeds

Luis Bernal walked down the path of elevated dirt, his boots kicking up dust into the air, leaving a trail through the desert. The smell of living vegetation filled his nostrils as he closed his eyes. It was the smell, he remembered, that his grandfather thanked the gods of maize, earth, rain, and agriculture for—Cinteōtl, Tlaltecihlti, Tlaloc, and Chicomecóatl—when Luis was a child.

The last time Luis spoke with the god Tlaltecihlti —the lord and lady of the earth, of life and death— was last year, on the day his wife Lencha died. She had collapsed from the sweltering heat out in the monte located behind their humble home while picking tunas for their son, Carlos, who was on his way with his pregnant wife, Maria.

Lencha was stubborn; she didn't hydrate while being out on the monte, which stretched far beyond the border that the United States and Mexico shared, a few days' walk away. Luis recalled holding Lencha in his tired arms as she took her final breath. Luis' pleading to the gods soon turned to demanding; demanding answers, demanding a reason why they chose

to take Lencha from him, when they had the rest of their lives as one.

Silence was all he received, and on the day of Lencha's funeral, Luis walked out to his terreno, which was bursting with vegetables and fruit; he then fell to his knees on the dark, damp soil, took out the small knife Lencha had used to slice the tunas off the cactus, and sliced his palms. The thin lines in his palms turned thicker and darker with crimson, and his sad blood dripped out onto the dirt, disappearing almost instantly. The land was quenching its thirst. Luis then plunged his hands into the earth, and the earth answered, creeping its way under Luis' fingernails, and into the open slits in his palms: "Take my blood. Keep my son, his wife, and my unborn grandchild nourished; keep them safe."

This is when he realized the land had ears. The dirt listened, swallowing his words like seeds. He felt the conditions flowing through his veins: Only a select number of crops will grow —just enough for the three adults and the coming baby— in exchange for the guaranteed safety of Luis, Carlos, Maria, and their unborn child while on this land.

Grief made Luis blind to thoughts of potential consequences to the new pact; he accepted the terms, squeezing out one more drop

of blood from the wound in his hand. A breeze rolled out through the land and nestled in the mountains at the edge of Luis' eyesight.

After the funeral, Carlos and Maria decided to stay on the land to help care for Luis, who was only a shell of his former self. Months passed, and Maria gave birth to a son, Temo.

One day in April, Luis and Carlos walked the land, just like years ago, when Carlos was much younger; only this time, the land was depleted and barely providing for the four. Carlos—fresh from a heated discussion with Maria about not having enough food, particularly for little Temo's growing body—bent down, picked up a clump of dry dirt, and threw it in front of their path. Luis watched silently as Carlos scoffed and spat in the area where the clump landed; he then noticed Carlos began to curse the land under his breath. Luis placed a hand on Carlos's shoulder, softly first, then firmly: "The dirt will forever be our home, mijo; respect it."

On the way back to their home, Luis thought about the pact he made with the land to keep his family safe. Carlos went inside, while Luis stayed outside and bent down to speak to the dirt once again. He weaved his hands through

the soil. The dirt answered back and cooled in his hands; Luis let the chilled earth sift through them, as the dirt gently landed back in place in front of his knees. He thought about the land giving them just enough to survive; nothing more, nothing less. This was a fair deal, Luis thought, in exchange for his and his family's safety and health.

Carlos decided that, in order to provide for his family, he would leave his wife, son, and father, and go to El Norte. The news did not sit well with Luis.

It had been decades since Luis had thought about his own experiences of going to El Norte; he never understood how an imaginary line made such a difference, determining if you were rich or poor. He'd done it for his family too, to purchase this very land from his grandfather, so that he, Lencha, and little Carlitos could create an independent life of their own; however, Luis thought Carlos's motive was different. The safety of Carlos and his family was something Luis could control if everyone stayed on their land; the pact for safety wasn't applied outside of it.

Now, thinking about Lencha, Luis never once asked for more than what his land was

giving him. Carlos, on the other hand, was young and persistent.

“You are still my family, viejo; I’m doing this for you too.”

Those were the last words that Luis heard coming out of Carlos’s breath before leaving for El Norte, one hundred kilometers away on foot.

He thought briefly of telling Carlos about the land pact before he left, but he knew his son very well. Carlos was just like his mother; stubborn as a burro; he had dismissed all the whisperings of his abuelo —Luis’ father— about the gods, the same whisperings that Luis had rejected. Telling his son about the pact with the land would be greeted with scoffs and eye rolls. Plus, Luis had never been comfortable with sharing his feelings with Carlos. It killed Luis to shed tears in front of Carlos when his Lencha died.

Luis looks up as the clouds loom directly over his terreno. One single fat drop lands and makes its way into one of the many wrinkles on his forehead. Luis raises his hand and wipes the drop; as he brings his hand down, he notices the wetness smeared in a deep brown-

ish-red. It's blood; Luis' own blood begins to pump faster throughout his body.

Maria runs out of the modest house. She's crying; her sobs are being accompanied by wails that travel to Luis and into the neighboring mountains.

“¡Carlos, suegro! ¿Algo sucedió!”

Luis looks into Maria's dark brown eyes. They remind him of Lencha's eyes the day she collapsed in the monte. Little Temo bounces around in his mother's arms; she has him cradled on her hip. Temo coos and watches the giant cloud roll over the land that has just taken his father.

Maria's voice drifts in and out with the day's breeze as Luis tries reading her dark lips:

“sweltering heat...” “...collapsed...” “...tried their best...”

Heat rushes through Luis' face. His eyes, usually squinted by the sun, open in realization at the thought of never seeing his son again.

Luis drops to the dirt, kicking up dust around him, and he begins to weep. His eyes do not stop crying; the tears swim out of him and onto the dirt. The dirt absorbs his tears, heavy with the weight of prayers. Stems begin to form, followed by flowers and fruit. Luis, still on his knees, digs his hands into his hair; the sound of his screams echoes across the

monte. The rain never comes, except for the one drop of blood. The crops continue to grow with each passing second, fed from the river of Luis' tears.

Once the crops grow to their potential, the river ceases. The wailing is over, the pain is being lifted into the heavens and drifts off with the rain cloud. Luis looks over at his daughter-in-law and his grandson. He notices Maria as she grabs an ear of corn and pulls it off its stalk. Her soft hands run over the plump beads. She brings the corn to her chest and closes her eyes as Temo reaches over and places his hand on the corn as well.

A sense of calmness sweeps over Maria; she opens her eyes and looks over to Luis, giving him a slight nod. A tired smile appears on Luis' face, as he kneels and places his hands gently onto the wet dirt. He lets out a breath as he rubs the dirt on his palms, cleansing the sadness that had just passed through his terreno.

Nancy Vianey García

es una escritora fronteriza de Ciudad Juárez y El Paso. Es maestra de preparatoria. Su trabajo aborda temas de identidad, lenguaje y pertenencia.

¿Cómo se cruza una frontera?

¿A dónde se pertenece?
¿Al lugar donde aprendes a hablar
o al lugar que te da todo?

Tal vez
uno pertenece
al lugar donde aprende
a vivir entre dos.

¿Qué se mete en la maleta?
Ropa gastada,
libros sin leer, fotos arrancadas
de álbumes viejos
el recetario de mi abuela,
su bendición
a la distancia.

¿Cómo se cruza una frontera?

Con los pies,
nadando
o en avión también.

Después con la lengua,
aprendiendo a traducir

en la cabeza
lo que el inglés
no sabe decir.

¿Con qué se cruza?

Mamá me tuvo
de este lado del río,
del lado de las oportunidades

mis abuelas
ni eso tuvieron.

¿Cómo se aprende un idioma?

Repitiéndolo,
Escuchándolo,
dejando que otros
te corrijan.

La lengua madre
baila al ritmo del inglés,

your accent is very strong
pero es mío.

¿Cómo se vive en la frontera?

Aquí la lengua se parte
y se mezcla

en spanglish.

En noviembre
se celebra Thanksgiving,
pero el cempasúchil
nunca falta
en los altares
de nuestros muertos.

En la frontera
se escribe
entre traducciones.

Entre lo que se dice
y lo que no tiene palabra.





Mariana Riestra Ahumada

(Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1998).

Ha sido antologada en colecciones de literatura como *Elipsis*, *Habitar la bruma* y *Hasta mi boca un grito*. Publicó dos libros infantiles y textos académicos en las revistas *Ágora*, *Nuevas Poligrafías* y *Revista Estudios de Teoría Literaria*.

vice versa

*After Rhina P. Espaillat's
"Bilingual/ Bilingüe"*

uno

My parents were always proud of how I could
split my tongue in two, yendo de aquí para
allá, acortando una distancia que no veía.

“¿Sabes?, el inglés es el idioma del futuro”, mi
padre
would say while helping me study for the spe-
lling bee contest,

holding flashcards with words he couldn't say
back.

“W-E-D-N-E-S-D-A-Y. Wednesday,”
respondía yo

sin entender qué hacía ahí la *d* muda
but ready to comply with its loud silence.

“Tienes que practicar todos los días”, decía as
he left
for work so I could watch *Alice in Wonderland* in
English

y en español, time and again, sólo para entender
that the movie era siempre otra.

two

La frontera era una herida que tocaba habitar
todos los días
one that would begin to throb when they found
another hanging body

o explotaba un cochebomba en la palapa de la
colonia,
but my parents were good at making us believe
that gunshots eran en realidad cohetes
and I was good at being foolish.

Alguna de las tantas veces que cruzamos el
puente hacia el otro lado the officer asked
my parents if I was really their child:

“Su inglés es muy bien,” he said with his own
pocho way and a grin. Yo le sonreí de vuelta,
happy to be just like him.

But he and I were never the same, me lo dijo la
pistola en su cintura

y lo distintos que sonaban los ecos de los balazos
from his side of the wall.

tres

When I first moved to this side of la frontera,
to el País de las Maravillas

the text on the compliance training told me not
to engage
if I were to be provoked. Así que cuando me
felicitan

porque estoy perdiendo mi acento or wonder if
I am here
with papers, I grin too. Wouldn't you?

Sometimes I see las palabras alejarse de mí,
fly into the barbed wire and get stuck
como las bolsas de basura que mi madre guarda
en la cocina
de la casa a la que no puede volver

so when my lover asks me about my day, no sé
cómo responderle que estoy cansada of breaking
myself in two.

locket

I tell you, this is my first time
fucking in another language. I know how to
flirt in English

but I can only ride en Español. So you take
my hand
and say you'll lead the way. I let you and grin

at your eagerness. Your grown face looks
young again as you begin to uncover

my shoulders, trying to retrieve my tetas
as if it were a race. I tremble y no sé

cómo decirte lo que quiero, but I want you
to listen to my lips: I know

there is so much more
I can teach you

other than Spanish, mi amor.
Acaricio your chest, a cofre that holds

rapid breaths, your heart, y un redoble de
tambores.

I make you wait for it.

There is something tan sagrado aquí:

deja que nos guarde el tiempo.

When I allow us to continue
I learn how to ask to be choked.

You call me a *good girl* and I know these
are the only words of submission to which
I'll ever yield.

we wouldn't be

standing in front
of this weak eternity
where I will continue to know
you as un desconocido
and you will know me as the alien
I have always been,
a fleck of

dust.

You'll evaporate
I'll fly off.





Silvia

Castro Mejía

(Bogotá, Colombia, 1980). Es profesora y promotora cultural. Su trabajo ha sido antologado en *El arte de tejer con la palabra, poemas y canciones de trabajo emocional y pedagógico*; y *Alguien dejó huellas en esta página*.

Hogar portátil semidesplegable

Migrar: verbo intransitivo
(la acción no recae sobre
otra persona o cosa),
trasladarse desde el lugar donde
se habita a otro diferente.

Sabana montañosa (punto de partida)

Hago un viaje de 4 505 kilómetros para llegar
al origen.

Releo mis viejos diarios, mi silueta adolescente
en letras

cApíTaLizaDas sin lógica ni orden, recortes
que parecen inconexos:

cierro los ojos y reconozco, aunque borrosas,
algunas paradas intermedias importantes.

Empecé en este mismo país, balbuceando este
mismo idioma.

Desde entonces han caído 10 226 soles; las car-
tas eran de papel

los dedos sujetaban lápices, borradores, saca-
puntas,

las lenguas humedecían las solapas de las ae-
ronaves

que alojaban anécdotas, confesiones, secretos.
Enmaleté un clarinete en si bemol barato, nunca lo interpreté
un paquete de bocadillos como perfecto souvenir autóctono de mi región;
me los comí todos.

Devoré historias de famas y esperanzas, me topé a otro cronopio,
y bailé la *Original Colombian Cumbia* ondeando mi pollera colorá.
Tomé chocolate caliente con queso derretido en el invierno,
tragué, desaforada y voraz, toneladas de granola con uvas pasas y cucarachas;

El cuerpo experimentó su primera expansión: los vellos del antebrazo se organizaron erguiditos,
guardando muy prudentes sus distancias.
La oscuridad montó el cortinaje de un escenario por años deseado
y camufló con maestría el miedo; dúo performativo, sin espectadores
de una coreografía repleta de olores, viscosidades y pliegues.

De vuelta a casa, antiguo nido invadido por espectros,

la caída del castillo familiar derrumbó todo placer,
todo gozo, todo embeleso.
Se diluyó, casi por completo, la ruta trazada:
perdí mapas, brújulas, catalejos.
De nuevo, el cuerpo, desapareció; se instaló en
su reemplazo
el impulso infinito de la carencia, el congelamiento
ininteligible,
la sensación de no saberme mujer luna, Chía
sagrada,
satélite magnético y lumínico.

De nuevo, mi cuerpo, se desvaneció:
me quedé rotando en bucle eterno las 24 horas,
girando alrededor de un solo eje: mis pensamientos
de inmundicia.

Ciudades gemelas (planicie y arena)

Tomo un atajo en el tiempo, me resitúo en esta
escena
y desentraño la lógica de mis últimos movimientos
los del aterrizaje.
Siento una mezcla de nostalgia y ternura:
como una niña en el jardín de infancia, he reconstruido
con útiles escolares, muebles de segunda y cachivaches
varios

una arquitectura segura, un caparazón de babo-
sa terrestre.

Fui custodia de los más pequeños, por muchos
años

sé que somos criaturas cíclicas, sé que nos
movilizan los ritmos;

a punta de repeticiones, unas veces idénticas,
otras veces desiguales

moldeamos el devenir, instalamos una estruc-
tura imaginaria

para situarnos en la dimensión desconocida de
lo temporal.

Yo, invento y reproduzco, a mi manera y con
mis herramientas

una guía de navegación; para movilizarme en
este paisaje

que fue salado y crustáceo y ahora es desierto.

Son mis rutinas del reencuentro.

Pop up – rutina uno:

La maleta se abre: parece una casita de papel
ganando tridimensionalidad. Brotan los obje-
tos empacados en los 66 centímetros cúbicos
de mi maleta color aguamarina; mi madre me
la regaló cuando fui a Brasil por tres semanas.
Eso fue hace siete años.

Lo práctico se ubica fácil: la ropa en los
ganchos, los zapatos en el suelo, los documen-

tos en una carpeta dentro del escritorio heredado. Lo sentimental es un performance más lento, las burocracias no dan espera y me gusta ejecutarlo lentamente, como cuando voy al Dollar General del barrio y me demoro en los pasillos para mirar baratijas encantadoras. A veces compro un par, a veces ninguna.

Trato con cuidado la repisa que bautizo altar: una pintura con el rostro de La Preguntona, el lienzo que coloreó Liss con la antorcha que quema todo mientras abre camino. Una foto que se decolora, una muñequita quitapesares y una vela. Figuras diminutas, amuletos pequeños o planos o livianos o plegables. Explayo en las paredes tarjetas y postales. Un pliego de cartulina es el planificador, otro más un cuaderno enorme; anoto nombres y apellidos mientras escucho podcast todo el día, todos los días. Encuentro una taza ancha que nadie usa, cabe perfecto mi Samsung A16, me la apropio; el parlante JBL se me cayó un día y empezó a sonar con interferencia, como una emisora mal sintonizada.

Buenos días – rutina dos:

Me levanto con el Retro Beep de la alarma. A veces me despierto unos minutos antes, me anticipo a su sonido: el cuerpo termina por acostumbrarse. Idealmente, duermo siete ho-

ras y media, a veces solo duermo seis; siempre múltiplos de noventa minutos.

Me incorporo con cuidado para no esforzar mi lumbar. Me desperezo, calzo las chancas color salmón que me regaló mi abuela y me dirijo al baño, me lavo la cara. Voy a la cocina y busco en el congelador la banda naranja que me dio mi hermana, la de los dolores de cabeza. La uso todos los días, es un hábito preventivo.

Tomo un vaso de agua del filtro que compró mi roomie y pongo a hacer café. Mientras el agua se calienta, organizo la loza, del escurridor a la alacena. Me como un pedazo pequeño de banano: que la inauguración del día no sea ese shot de cafeína.

Regreso al cuarto para organizar el espacio. Primero las cortinas: son rollos de papel regalo doble faz encontrados en Albertsons, colocados cuidadosamente con trozos de cinta masking. Por un lado, azul oscuro; por el otro, un fondo blanco repleto de estrellas del mismo azul. Parecen retazos celestes.

Enrollo primero la cortina que da hacia el patio de adentro: intento que el papel quede bien compacto, sin arrugas, bien derechito, sin ninguna inclinación; seguro luego me dan ganas de enderezarlo, como si fuera un cuadro chueco.

Coloco un gancho de ropa a cada lado, así la cortina no se desenrolla. Empujo con fuerza y hacia arriba la ventana interna (en Gringolandia tienen doble vidrio para resguardar las casas en invierno). Después enrolló la otra, la de la ventana que da hacia el muro. El papel no queda tan compacto por un trozo de cartón duro en la parte inferior, se lo puse para darle peso. Si la aprieto más de la cuenta, se daña.

Pensé que serían cortinas de corta duración, como las pilas baratas; aunque la factura es artesanal, la casualidad hizo que quedaran bien puestas; son resistentes. Cuando amanece, colorean el aire de azul cobalto; me siento en una película surrealista. La tela de reemplazo llegará cuando el papel esté hecho trizas.

Doblo la sobesábana y la guardo, sacudo la sábana con la almohada. Voy de nuevo a la cocina, el café ya está listo. Le agrego un poco de jengibre y una cucharadita de Instacream. Lleno mi termo con agua filtrada, voy de nuevo a mi habitación con ambos líquidos en mano. Cojo el teléfono, abro Spotify y pongo el *nam myoho rengue kyo* para acompañar mi serie de ejercicios articulares.

Tom Lea Upper Park – rutina tres:

Mirando al cielo, en un amanecer paseño/juarrese,

percibo la divinidad. No la intelectualizo,
me acerco al mundo a través de los sentidos
como proponía *Merlau-Ponty*, aquél que leímos
en la clase de *Minding Fiction*.

El cerebro aporta en la organización de la ex-
periencia,
sin limitarla.

Mi divinidad no tiene forma humana,
mucho menos una identidad sexual;
vanidoso ser humano, torpe por saciedad.
He recorrido esta distancia enorme
para seguir retornando al origen, una
y otra
y otra vez.

Para fluir con mis raíces sin culpa, sin lamentos,
recordando el centro del centro,
la voluptuosidad consciente, consensuada,
compartida.

La frontera:

Me habla del carácter ambiguo de la existencia
de lo que una cosa puede ser;
y al mismo tiempo y en igual medida,
puede ser también la otra.

Lugar perfecto para contemplarme,
sentada en esta silla de madera,
en el punto medio de una línea curva espiralada
en perpetuo avance.

Palabras – rutina cuatro:

Llevo un diario, pero no escribo todos los días; es una tarea que Sylvia nos puso. Aprovecho y desempaco las palabras del equipaje; no se trata solamente de un ejercicio lento, es un happening constante e irresoluto. A eso vine.

Si en lo cotidiano hablo y hablo sin parar, al escribir me desbordo. Al final, no son tantas las palabras que quedan impresas. Primero las pienso, luego las atrapo, luego las tecleo, luego las leo en la mente, luego en voz alta. Después las lamo, relamo y recontra relamo, borro algunas, camino por la casa para aliviar la espalda, regreso con un silencio de distancia y las leo una vez más, para seguir borrando y acomodando posiciones.

Me gusta releer el diario, sobre todo por el olvido: me sorprendo al reencontrarme con ciertos fragmentos. Repaso las reflexiones de los duelos migratorios varias veces, mientras voy modificando mi diagnóstico. El duelo por la familia, por los amigos, ha sido más bien leve. Me tambaleó un poco en los primeros días, no es que no extrañe a mi gente: la euforia de la luna de miel disolvió el dolor con destreza. Las videollamadas han respondido a la urgencia de no transfigurar los rostros, y el acento de mis roomies colombianos ha traído una versión re-load de mi realidad recién abandonada. Ade-

más, está la comunidad latina, la posibilidad de los nuevos vínculos.

El duelo del idioma ha sido también tranquilo, sin grandes impactos; mi inglés conversacional nivel aceptable me permite entender lo que dice la gente en un 70 % u 80 %, no estoy tan mal. Si la lengua se me enreda y los labios no resisten tanta consonante, expongo mi sonrisa ancha y hago muecas para explicarme. El enfoque bilingüe de la maestría permite que nos expresemos en español, a nuestras anchas, con lo cual he construido una versión de mí auténtica, haciendo uso de mis palabras predilectas.

El de la tierra, la falta del paisaje y su geografía, no se ha instalado todavía, me gusta el clima cálido; llegué a principios de agosto luciendo orgullosa mi sombrero de ala ancha, perfecto para el verano. El cultural se ha camuflado, eficiente, en las intersecciones con otras nacionalidades hispanohablantes. Todos hemos desplegado nuestro hogar de paso en El Paso, hemos conformado una nación alebrije, un universo renco en miniatura donde organizamos fiestas, noches de juegos, recitales de poesía y paseos a las montañas vecinas. Los otros tres duelos no vienen al caso ahora. Revisando los cuatro primeros, puedo entender mi confort. Me he explayado a voluntad, con desparpajo he sido quien soy, verdaderamente.

He construido un andamiaje útil y genuino. He inventado un cóctel justo, mezclando mis palabras viejas con las nuevas. Me gusta su sabor.

Diario, lista de antónimos: raro, inusual. No es que mi texto no lo sea, tampoco es normal, pero no se trata de eso; se trata de la frecuencia, de la constancia. Mi diario es esporádico. Es un diario oxímoron.

Madeline Park – rutina cinco:

El otoño llegó, trayendo al viento.

Ver la salida del sol dejó de ser hábito;

es la vida, son las estaciones.

Después arribó el invierno:

doble pantalón, guantes, botas para la nieve
(en diciembre viajé a Boston).

Un accidente, necesario y fatal,

apagó para siempre mi antiguo teléfono.

Tantos amaneceres fotografiados

se extraviaron en el efímero espacio virtual.

Pero me quedan los atardeceres.

Y este paisaje bello y extraño que trae el frío.

Cuento con mucha suerte:

vivo en un lugar rodeado de horizontes,
pocos edificios altos, diría casi que ninguno.

Solo hace falta

salir a caminar en la dirección precisa.





Lian
Zhang

is a bilingual author, translator, and language teacher. She received second place from the Mockingbird Chapter of The Poetry Society of Texas and was shortlisted for the China Galaxy Award.

Red Lanterns Forbidden in a Catholic School

A long, long time ago, at the end of every year, a demon named 年 would crawl down the mountain, steal all the crops, eat all the chickens and pigs, catch little children, bite Mama and Baba's head, and tear grandma and grandpa into pieces.

One day, the villagers came up with a solution. They painted all of their lanterns red. Red as bonfires, red as the sunrise, red as the brightest heart. Baba and Mama hang the red lanterns all around. Under the roof, in front of the yard, on the streets, in the trees and chicken coops, and in every little child's room.

When Demon 年 came, he was stunned. The bright red stars blinded his green eyes. Red fireworks deafened his sharp ears. Demon 年 shunk into a small rat and ran back to his cave. Nobody feared the coming year anymore. No children cried. No pigs shrieked. No chickens lost their way home. The night was lit up as the day. And the real sun rose.

Can I hang red lanterns, Ms. Zhang?

No.

Can I scare away the demon, Ms. Zhang?

No.

Can I cry no more, fear no more, starve no more, Ms. Zhang?

Time for the morning prayer.

In the name of the Father, the Son, and the 年
Spirit.



Agradecimientos

Al Departamento de Creación Literaria de la
Universidad de Texas en El Paso.

A los autores por su escritura.

A Iosune de Goñi García, cuyo verso *De la voz
como criatura* da título a esta edición.